

PRÓLOGO

UN DIÁLOGO ENTRE COLEGAS Y AMIGOS

Rebeca Grynspan. Secretaria General Iberoamericana

La América Latina de hoy no es la misma que la de principios de 1980, cuando enfrentó la crisis económica más seria de su historia moderna. En el espacio económico, se fortalecieron las instituciones macroeconómicas y maduraron las medidas de estabilización que siguieron a dicha crisis: control de la inflación, reducción del déficit fiscal, flexibilidad cambiaria, mayor apertura comercial, mayor regulación bancaria, y prudencia de las políticas monetarias en manos de Bancos Centrales independientes. En la primera década de este siglo, el entorno global favoreció las exportaciones de materias primas de la región, e impulsó un fuerte crecimiento económico en buena parte de estos años. En el espacio social, desde mediados de los años noventa los países de la región impulsaron políticas que aumentaron el volumen de gasto social en cobertura educativa y de salud y en asistencia social, con una mayor orientación hacia la población con menores ingresos.

Como resultado de estos esfuerzos decididos, y a más de tres décadas de transcurrida la crisis de la deuda, América Latina tiene hoy el nivel de desigualdad en

ingresos más bajo desde finales del siglo diecinueve; la proporción de población en situación de pobreza más baja desde que se cuenta con información; y una economía más resistente a los efectos de las crisis internacionales —como quedó evidenciado con los moderados efectos sociales de la crisis financiera de 2009 y la notable recuperación del crecimiento en 2010—. La democracia es también una realidad predominante en la región, y en ella de manera creciente las organizaciones de la sociedad civil y los movimientos sociales buscan influir en la manera en que se deciden y aplican las políticas públicas. Con la reducción de la desigualdad y la pobreza, y el aumento de los sectores medios, se ha catalizado una demanda por más y mejores servicios públicos, así como por una mayor transparencia y más rendición de cuentas en lo político y en el espacio público, así como una mayor calidad en los servicios. No hay duda que la ciudadanía latinoamericana se ha hecho menos tolerante a la ineficiencia, a la corrupción y a la desigualdad, todo lo cual podría contribuir al fortalecimiento institucional de los países, aunque al mismo tiempo impone nuevos

retos sobre el sistema político y la capacidad de los Estados de responder a mayores demandas y aspiraciones de la población, especialmente en momentos de mayores restricciones fiscales y económicas.

América Latina enfrenta hoy un entorno económico distinto del que se benefició hace pocos años, y que acentúa desafíos pendientes que se deben priorizar en las agendas de política pública de corto y mediano plazo. En los próximos años, la región deberá transformarse para navegar un mundo que experimenta una redistribución significativa del poder económico y político; un mundo que exige importantes responsabilidades en el plano internacional, al tiempo que se abordan demandas internas de bienestar igualmente significativas. En consecuencia, las políticas que han dado buenos resultados para la región en el pasado no son necesariamente las mismas que se requieren en los años venideros.

En este nuevo mundo en el que los precios y la demanda de materias primas —la principal especialización productiva de América Latina— se han reducido, la región requiere afrontar responsabilidades ineludibles para la sostenibilidad de su crecimiento y su bienestar. Como se discute a lo largo de esta compilación, una de ellas es la poca diversificación productiva y comercial, tarea postergada durante los años de auge. Se hace indispensable un impulso a las políticas para elevar la productividad y la competitividad, y que permitan a las economías regionales insertarse en ca-

denas globales de valor. Esto implica dar pasos decididos hacia la innovación, el emprendimiento y la economía digital, a través de inversiones en calidad educativa, especialización y formalización laboral, investigación y desarrollo, infraestructura y logística, y expansión del crédito productivo. Sin duda, avanzar en esta agenda demandará reformas profundas, incluyendo una reforma fiscal, junto con compromisos y alianzas entre el sector público y el sector privado, y los distintos actores políticos y sociales. También se requerirá de una mayor cooperación, integración y diálogo internacional, que posibiliten la transferencia de conocimiento y tecnología y la apertura de nuevos mercados.

En este sentido, la comunidad iberoamericana ofrece grandes oportunidades para impulsar un espacio donde las tecnologías, la innovación y el talento de mujeres y hombres fluyan en beneficio de sus sociedades. La cooperación multilateral y la integración —hasta ahora relativamente baja entre los países de América Latina— son esenciales para afrontar el nuevo entorno global y aprovechar las áreas de oportunidad entre ellas, la colaboración en educación y energías renovables, en innovación, infraestructura y logística, así como esquemas para el desarrollo compartido de la economía digital.

Un ejemplo de lo anterior es el impulso que la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) ha dado a la educación de calidad, a través de la cooperación entre los

países iberoamericanos en el lanzamiento de la Alianza por la Movilidad Académica, la más ambiciosa iniciativa de movilidad académica jamás emprendida en la región. Con esta iniciativa, cientos de miles de estudiantes, educadores e investigadores podrán beneficiarse de la especialización y calidad de los centros de estudio e investigación en toda Iberoamérica, al tiempo que aprenden a navegar ambientes diversos y multiculturales. Estos factores contribuyen a la competitividad laboral de nuestros trabajadores y a la competitividad global de nuestras economías. América Latina tiene hoy a la generación más numerosa que ha alcanzado el nivel universitario, y ello representa una oportunidad para que la educación contribuya a solidificar los recientes logros sociales y económicos.

Una segunda responsabilidad, también recogida en esta compilación, es afrontar los rezagos y vulnerabilidades que aún prevalecen en buena parte de las sociedades de la región, y que no dependen directamente del crecimiento económico. Por un lado, mujeres, jóvenes, adultos mayores, indígenas, afrodescendientes, migrantes y poblaciones rurales siguen enfrentando patrones de discriminación y de exclusión de los procesos económicos, de sus derechos sociales, de acceso a servicios básicos, y de representación política.

Es indispensable mirar más allá de los promedios y atender no solo las desigualdades verticales (relativas al ingreso), sino

también las desigualdades horizontales, aquellas que experimentan grandes grupos de la población por motivo de género, etnicidad, ubicación geográfica, edad, entre otros. Es en la superposición de esas inequidades en donde se ubica el núcleo de la exclusión y de la transmisión intergeneracional de la pobreza y la desigualdad. Por eso las próximas décadas deben ser una apuesta por la equidad en todos los sentidos.

Por otro lado, buena parte de la fuerza laboral continúa con beneficios sociales fragmentados, incluso inexistentes, para procurar un nivel mínimo de protección contra los riesgos de empobrecimiento. La persistencia de estos rezagos ha evidenciado un claro distanciamiento entre la ciudadanía que los padece y las instituciones encargadas de representarla. Es necesario, por lo tanto, sumar a las estrategias de reducción de pobreza y desigualdad —muchas de ellas exitosas—, esfuerzos claros por avanzar hacia la universalización de la seguridad social en todo el tejido social —como argumenta más adelante Gina Magnolia Riaño—, y por reformar las instituciones del Estado para hacerlas más inclusivas y transparentes, con mayor capacidad para entender las diversas necesidades y generar confianza en la ciudadanía.

La tarea es crítica, pues requiere de grandes inversiones, de reformas profundas que no se hicieron durante el reciente auge —una oportunidad perdida, como le deno-

mina más adelante José Luis Machinea—, de un fortalecimiento continuo a las instituciones, del impulso a la inclusión social y productiva de la población rezagada, y de reducir el distanciamiento entre la ciudadanía y la política.

La coyuntura actual exige coordinación y acuerdos. De la misma forma que en el pasado se fortalecieron las instituciones y las políticas para lograr el rostro que hoy tiene América Latina, con voluntad política, cooperación multilateral, y colaboración estrecha entre sociedad civil, gobierno y empresa, es posible afrontar muchos de nuestros desafíos.

En la primera parte de esta compilación, Federico Steinberg discute un escenario mundial de desempeño económico con dos polos potenciales de creación de inestabilidad económica internacional —la desaceleración económica de China, y las dificultades financieras y políticas experimentadas por Grecia—, lo que da paso a los logros alcanzados, desafíos pendientes y potenciales implicaciones de tal escenario para América Latina. Esta discusión es recogida en detalle por José Luis Machinea, quien destaca el impactante progreso social que alcanzó la región latinoamericana durante la década pasada, pero también señala aquellos espacios de transformación que no se aprovecharon durante el auge económico, y que hoy requieren de esfuerzos mayores para lograr un crecimiento sostenido y un mayor bienestar de largo plazo en América Latina.

El contexto económico actual parece reflejar a una América Latina dividida entre los países que están afrontando una importante desaceleración económica —derivada del fin del auge económico que dejaron las materias primas, con la consecuente caída de ingresos tributarios—, y los países que están impulsando reformas a sus estructuras productivas, junto con una mayor diversificación comercial, con miradas hacia el Pacífico y hacia América del Norte.

En esta discusión, Marta Lucía Ramírez menciona en la segunda parte del libro el moderado nivel de integración comercial intrarregional que ha tenido lugar en los últimos años, destacando la citada división en torno a los resultados moderados que ha tenido el MERCOSUR y contrastándolo con el dinamismo potencial que se percibe de un acuerdo como el de la Alianza del Pacífico. En torno al tema, Sergio Amaral recoge la influencia que ha tenido China en América del Sur y destaca que la aparente división intrarregional no es tal en términos comerciales, puesto que varios de los países de la Alianza del Pacífico comparten intereses y mantienen como mercados relevantes a los países del sur del continente. Finalmente, Osvaldo Rosales discute de manera profunda las posibles implicaciones en distintas dimensiones —desde lo comercial y financiero, hasta la salud y los aspectos legales y de propiedad intelectual— que para los países de América Latina tendrán los nuevos mega acuerdos comerciales que se negocian en la actualidad.

La tercera parte de esta compilación está enfocada en las relaciones comerciales y de inversiones entre América Latina y Europa, tema en el que Guillermo Perry y Ramón Jáuregui hacen un recuento de la evolución comercial y la dinámica de inversión que han experimentado ambas regiones durante los últimos años, describen el estado actual de tales intercambios, y plantean una perspectiva potencial de estas relaciones en un entorno económico menos favorable y en el contexto de nuevos mega acuerdos comerciales.

Finalmente, la compilación cierra con un diagnóstico exhaustivo de la situación del empleo. José Manuel Salazar-Xirinachs plantea diversos desafíos laborales enmarcados en la informalidad, la vulnerabilidad y deficiente calidad de los puestos de trabajo, el tamaño de las empresas, y las implicaciones de formas no tradicionales de creación de empleo y cambio tecnológico. Este es un tema trascendental para América Latina, pues después del auge económico de la década pasada la región logró la inclusión social a través de marcadas reducciones en la incidencia de

la pobreza y la expansión del empleo pero con persistentes déficits para una verdadera inclusión productiva. En la actualidad, cerca de la mitad del empleo latinoamericano es informal, carente de beneficios básicos de protección social, y alrededor de dos terceras partes de las empresas que existen en la región son también informales. A este tema, Gina Magnolia Riaño suma los factores de envejecimiento y las discriminaciones laborales, con especial perjuicio hacia las mujeres. Mario Cimoli cierra sosteniendo que la productividad y el empleo son la principal tarea que la región debe abordar para la sostenibilidad y aceleración de los logros de los últimos años.

Con la publicación de este volumen, la Secretaría General Iberoamericana y el Banco de Desarrollo de América Latina esperan contribuir a un debate actualizado, basado en la evidencia empírica, que permita dilucidar prioridades y sugerir cursos de acción de cara a los desafíos de las próximas décadas. Gracias a todos los que han contribuido a este esfuerzo que esperamos continuar en los próximos años.